

Christopher Clark

Sonámbulos

Cómo Europa fue a la guerra
en 1914



CHRISTOPHER CLARK

Sonámbulos

Cómo Europa fue a la guerra en 1914

Traducción de
Irene Cifuentes
y Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Sleepwalkers. How Europe Went to War in 1914*
Traducción del inglés: Irene Cifuentes y Alejandro Pradera

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.^o 1.^a
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: febrero de 2014
Octava edición (Primera en este formato): abril de 2021

© Christopher Clark, 2012
© de la traducción: Irene Cifuentes y Alejandro Pradera, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 5046-2021
ISBN: 978-84-18526-94-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Josef y Alexander

Índice

Lista de ilustraciones	12
Lista de mapas	14
Agradecimientos	15
Introducción	21

Parte I LOS CAMINOS QUE LLEVAN A SARAJEVO

1. Los fantasmas serbios	33
Asesinato en Belgrado	33
«Elementos irresponsables»	44
Mapas mentales	51
Separación	59
Escalada	65
Tres guerras turcas	74
La conspiración	79
Nikola Pašić reacciona	88
2. El Imperio sin cualidades	97
Conflictos y equilibrio	97
Los jugadores de ajedrez	111
Mentiras y falsificaciones	120
Calma engañosa	127
Halcones y palomas	133

Parte II UN CONTINENTE DIVIDIDO

3. La polarización de Europa, 1887-1907	155
Relaciones peligrosas: la Alianza franco-rusa	157

La decisión de París	166
El fin de la neutralidad británica	170
Un imperio tardío: Alemania	176
¿Un gran momento crucial?	188
Un pesimismo exagerado	196
4. Las numerosas voces de la política exterior europea	205
Soberanos que toman decisiones	207
¿Quién gobernaba en San Petersburgo?	223
¿Quién gobernaba en París?	228
¿Quién gobernaba en Berlín?	235
La agitada supremacía de Sir Edward Grey	238
La crisis de Agadir de 1911	243
Soldados y civiles	254
La prensa y la opinión pública	266
La fluidez del poder	281
5. Caos en los Balcanes	285
Ataques aéreos sobre Libia	285
Descontrol en los Balcanes	295
El indeciso	302
La crisis balcánica del invierno de 1912-1913	310
¿Bulgaria o Serbia?	317
Los problemas de Austria	327
La balcanización de la alianza franco-rusa	339
París fuerza el paso	348
El agobio de Poincaré	355
6. Últimas oportunidades: Distensión y peligro, 1912-1914	361
Los límites de la distensión	361
«Ahora o nunca»	375
Alemanes en el Bósforo	385
El escenario de un conflicto con origen en los Balcanes	402
¿Una crisis de masculinidad?	412
¿Cuán abierto estaba el futuro?	415

Parte III CRISIS

7. Asesinato en Sarajevo	423
El asesinato	423
Instantes congelados	433

Comienza la investigación	439
Las respuestas de Serbia	445
¿Qué hacer?	450
8. El círculo se ensancha	465
Reacciones en el extranjero	465
El conde Hoyos va a Berlín	474
El camino hacia el ultimátum austriaco	486
La extraña muerte de Nikolai Hartwig	495
9. Los franceses en San Petersburgo	499
El conde de Robien cambia de tren	499
Poincaré zarpa hacia Rusia	505
La partida de póquer	509
10. El ultimátum	519
Austria exige	519
Serbia responde	526
Comienza una «guerra local»	539
11. Disparos de advertencia	541
Se impone la firmeza	541
«Esta vez es la guerra»	545
Las razones de Rusia	551
12. Los últimos días	561
Una extraña luz incide sobre el mapa de Europa	561
Poincaré regresa a París	573
Rusia se moviliza	582
El salto al vacío	592
«Tiene que haber algún malentendido»	606
Las tribulaciones de Paul Cambon	617
El Reino Unido interviene	621
Bélgica	628
Botas	633
Conclusión	637
Notas	647
Índice onomástico	761

Lista de ilustraciones

1.	Pedro I Karadjordjević (Corbis)	35
2.	El rey Alejandro y la reina Draga c. 1900 (Getty Images)	39
3.	Asesinato de los Obrenović, extraído de <i>Le Petit Journal</i> , 28 de Junio de 1903	43
4.	El joven Gavrilo Princip	82
5.	Nedeljko Čabrinović	82
6.	Milan Ciganović (Roger Viollet/Getty Images)	85
7.	El conde Leopold Berchtold (Popperfoto/Getty Images)	135
8.	Conrad von Hötzendorf (Getty Images)	136
9.	Francisco Fernando, archiduque de Austria-Este	140
10.	Théophile Delcassé	167
11.	«La pugna por China», por Henri Meyer, <i>Le Petit Journal</i> , 1898	206
12.	Guillermo II y Nicolás II (Hulton Royals Collection/Getty Images)	208
13.	Guillermo II (Bettmann/Corbis)	209
14.	Eduardo VII con su uniforme de coronel del 12º Cuerpo de Húsares austriacos.	209
15.	Pyotr Stolypin (Popperfoto/Getty Images)	225
16.	Joseph Caillaux (Hulton Archive/Getty Images)	229
17.	Paul Cambon	231
18.	Sir Edward Grey	239
19.	Sergei Sazonov (Cortesía de las Bibliotecas de la Universidad de Texas, Universidad de Texas en Austin)	306
20.	Alexander V. Krivoshein	316
21.	El conde Vladimir Kokovtsov (Getty Images)	362
22.	Helmut von Moltke (dpa/Corbis)	376
23.	Ivan Goremykin	399
24.	Francisco Fernando y Sofía en Sarajevo, 28 de junio (Hulton Royals Collection/Getty Images)	424

25. Leon von Biliński	434
26. Los asesinos ante el tribunal (Getty Images)	439
27. Arresto de un sospechoso (De Agostini/Getty Images)	441
28. Conde Benckendorff	472
29. Raymond Poincaré	506
30. René Viviani	506
31. Nikola Pašić in 1919 (Harris and Ewing Collection, Biblioteca del Congreso)	527
32. H. H. Asquith	562
33. Nicolás II y Poincaré (Hulton Royals Collection/Getty Images)	574
34. Theobald von Bethmann Hollweg (Hulton Archive/Getty Images)	593
35. El conde Lichnowsky	608
36. Las huellas de Gavrilo Princip, Sarajevo (una foto de 1955). (Hulton Archive/Getty Images)	638

Lista de mapas

1. Europa en 1914	18-19
2. Bosnia-Herzegovina, 1914	108
3. El sistema europeo, 1887	156
4. Los sistemas de alianzas en 1907	156
5. Los Balcanes en 1912	299
6. Los Balcanes: Líneas de tregua tras la Primera Guerra de los Balcanes	299
7. Los Balcanes tras la Segunda Guerra de los Balcanes	300

Agradecimientos

El 12 de mayo de 1916, James Joseph O'Brien, un granjero de Tallwood Station, Nueva Gales del Sur, solicitó alistarse en el Ejército Imperial Australiano. Tras dos meses de instrucción en Sidney, el soldado O'Brien fue destinado al 35º batallón de la 3ª división y zarpó en el SS *Benalla* hacia Inglaterra, donde prosiguió su instrucción. Hacia el 18 de agosto de 1917 se reunió con su unidad en Francia, a tiempo para participar en la tercera batalla de Ypres.

Jim era mi tío abuelo. Llevaba muerto 20 años cuando mi tía Joan, me entregó su diario de guerra, un pequeño cuaderno marrón lleno de albaranes, direcciones, instrucciones y una extraña y lacónica anotación. Sobre la batalla de Broodseinde Ridge del 4 de octubre de 1917, Jim escribió el siguiente comentario: «Fue una gran batalla, pero no tengo ningún deseo de ver otra». Éste es su relato, fechado el 12 de octubre de 1917, de la batalla de Passchendaele II:

Abandonamos el campamento en el que estábamos destacados (cerca de Ypres) y nos dirigimos al sector de la línea. Tardamos diez horas en llegar y tras la marcha estábamos reventados. Veinticinco minutos después de llegar (eran las 5h25 de la madrugada del día 12) volvimos a coger los macutos. Todo fue bien hasta que llegamos a un pantano que nos costó mucho atravesar. Cuando por fin lo conseguimos, nuestra barrera de fuego había avanzado cerca de una milla y tuvimos que apretar el paso para darles alcance. Sobre las 11 llegamos a nuestro segundo objetivo y nos quedamos allí hasta las 4 de la tarde, hora en la que tuvimos que retirarnos. [...] Solo la voluntad de Dios fue lo que me salvó, pues las balas de ametralladora y la metralla volaban por todas partes.

El servicio activo de Jim en la guerra llegó a su fin a las 2 de la madrugada del 30 de mayo de 1918, cuando, según escribió en su diario, «una bomba de la patria le alcanzó y le hirió en ambas piernas». El

proyectil cayó a sus pies, haciéndole volar por los aires y matando a los hombres que tenía a su alrededor.

Cuando le conocí, Jim era un anciano irónico y frágil que no andaba bien de memoria. Era reacio a hablar de su experiencia en la guerra, pero sí recuerdo algo que me dijo cuando yo tenía unos nueve años. Le pregunté si los hombres que luchaban en una guerra tenían miedo o estaban deseando entrar en combate. Contestó que algunos tenían miedo y otros lo deseaban. ¿Peleaban mejor los que tenían ganas?, pregunté. «No», dijo Jim. «Los que tenían ganas eran los primeros en cagarse». Esta respuesta me dejó muy impresionado y estuve dándole vueltas, sobre todo a la palabra «primeros».

El horror de este lejano conflicto sigue exigiendo nuestra atención. Pero su misterio se encuentra en todas partes, en los sucesos oscuros y retorcidos que hicieron posible semejante carnicería. Al investigarlos, he acumulado más deudas intelectuales de las que podría devolver. Las conversaciones con Daniel Anders, Margaret Lavinia Anderson, Chris Bayly, Tim Blanning, Konstantin Bosch, Richard Bosworth, Annabel Brett, Mark Cornwall, Richard Drayton, Richard Evans, Robert Evans, Niall Ferguson, Isabel V. Hull, Alan Kramer, Günther Kronenbitter, Michael Ledger-Lomas, Dominic Lieven, James Mackenzie, Alois Maderspacher, Mark Migotti, Annika Mombauer, Frank Lorenz Müller, William Mulligan, Paul Munro, Paul Robinson, Ulinka Rublack, James Sheehan, Brendan Simms, Robert Tombs y Adam Tooze, me han ayudado a pulir los argumentos. Ira Katzenelson me asesoró sobre la teoría de la decisión; Andrew Preston sobre las estructuras contradictorias en la elaboración de políticas exteriores; Holger Afflerbach sobre los diarios de Riezler, la Triple Alianza y los pormenores de la política alemana en la crisis de julio; Keith Jeffery sobre Henry Wilson; John Röhl sobre el káiser Guillermo II. Hartmut Pogge von Strandmann llamó mi atención sobre las memorias poco conocidas pero instructivas de su pariente Basil Strandmann, que fue el encargado de negocios ruso en Belgrado cuando estalló la guerra en 1914. Keith Neilson compartió conmigo un estudio inédito sobre la toma de decisiones en el Foreign Office británico; Bruce Menning me permitió leer un importante artículo suyo sobre la inteligencia militar rusa próximo a publicarse en el *Journal of Modern History*; Thomas Otte me envió un pdf inédito de su nuevo estudio magistral *The Foreign Office Mind* y Jürgen Angelow hizo lo propio con su *Der Weg in die Urkatastrophe*; John Keiger y Gerd Krumeich me enviaron separatas y referencias so-

bre la política exterior francesa; Andreas Rose envió un ejemplar de su *Zwischen Empire und Kontinent* recién salido de la imprenta; Zara Steiner, cuyos libros son una referencia en este campo, compartió conmigo un dossier lleno de notas y artículos. Durante los últimos cinco años, Samuel R. Williamson, cuyos estudios clásicos sobre la crisis internacional y la política exterior austrohúngara abrieron muchas de las líneas de investigación que se abordan en este libro, me envió capítulos inéditos, contactos y referencias y me permitió indagar en sus conocimientos sobre el secreto de la política austrohúngara. La amistad derivada del envío de correos electrónicos ha sido una de las recompensas de trabajar en este libro.

También tengo que dar las gracias a aquellos que me ayudaron a superar las fronteras lingüísticas: a Miroslav Došen por su ayuda con las publicaciones serbias y a Srdjan Jovanović por ayudarme con los documentos de archivos en Belgrado; a Rumen Cholakov por su ayuda con los textos secundarios búlgaros y a Sergei Podbolotov, trabajador incansable en el campo de la historia, cuya sabiduría, inteligencia y humor irónico hizo que mi investigación en Moscú resultara divertida a la par que productiva. Luego están esos espíritus generosos que leyeron una parte o la totalidad de la obra en diferentes etapas: Jonathan Steinberg y John Thompson leyeron todas y cada una de las palabras e hicieron sugerencias y comentarios perspicaces. David Reynolds me ayudó a apagar los incendios de los capítulos más exigentes. Patrick Higgins leyó y criticó el primer capítulo y advirtió de las dificultades. Amitar Ghosh me dio consejos y opiniones de un valor incalculable. Acepto la responsabilidad de todos los errores que hayan quedado.

Soy muy afortunado al tener un agente tan maravilloso como Andrew Wylie, a quien debo mucho, y estoy sumamente agradecido a Simon Winder de la editorial Penguin por su aliento, orientación y entusiasmo, y a Richard Duguid por supervisar la producción del libro con una eficacia encomiable. Bela Cunha, la infatigable correctora, eliminó todos los errores, torpezas, contradicciones, y «áfidos» (sobran las comillas) que pudo encontrar y no perdió el buen humor ante mis intentos de volverla loca alterando continuamente el texto. Nina Lübbren, cuyo abuelo Julius Lübbren estuvo también en Passchendaele en 1917 (en el otro bando), soportó mi trabajo desde una neutralidad benévolas. El libro se lo dedico, con amor y admiración, a nuestros dos hijos, Josef y Alexander, con la esperanza de que nunca conozcan la guerra.



O C É A N O
A T L Á N T I C O





Introducción

La paz reinaba en el continente europeo la mañana del 28 de junio de 1914, cuando el archiduque Francisco Fernando y su esposa Sofía Chotek llegaron a la estación de tren de Sarajevo. Treinta y siete días después, estaba en guerra. El conflicto que comenzó ese verano movilizó a 65 millones de soldados, se cobró tres imperios, 20 millones de muertos entre militares y civiles, y 21 millones de heridos. Los horrores de la Europa del siglo xx nacieron de esta catástrofe; fue, en palabras del historiador norteamericano Fritz Stern, «la primera calamidad del siglo xx, la calamidad de la que surgieron todas las demás calamidades».¹ El debate sobre por qué ocurrió empezó antes de que se produjeran los primeros disparos y se ha mantenido desde entonces. Ha generado una literatura histórica de magnitud, sofisticación e intensidad moral inigualables. Para los teóricos de las relaciones internacionales los eventos de 1914 siguen constituyendo la crisis política por excelencia, lo bastante compleja como para admitir cualquier cantidad de hipótesis.

El historiador que trate de entender la génesis de la Primera Guerra Mundial se enfrenta a varios problemas. El primero y más obvio es un exceso de oferta informativa. Cada Estado beligerante produjo ediciones de varios volúmenes de documentos diplomáticos, obras enormes de trabajo de archivo colectivo. Hay corrientes traicioneras en este océano de información. La mayor parte de las ediciones de documentos oficiales realizadas en el periodo de entreguerras tienen un sesgo apologético. La publicación alemana de cincuenta y siete tomos, *Die Grosse Politik*, que comprende 15.889 documentos organizados en 300 áreas temáticas, no se realizó teniendo en cuenta objetivos puramente académicos; se esperaba que la divulgación de los archivos de preguerra bastaría para rebatir la tesis de la «culpa de la guerra» incluida en los términos del Tratado de Versalles.² También para el gobierno francés, la publicación de documentos de posguerra fue una iniciativa de «carácter esencialmente político», como dijo el ministro

de Asuntos Exteriores Jean Louis Barthou en mayo de 1934. Su propósito era «contrarrestar la campaña lanzada por Alemania tras el Tratado de Versalles».³ Como señaló en 1926 Ludwig Bittner, coeditor de la colección de ocho tomos *Österreich-Ungarns Aussenpolitik*, el objetivo en Viena era realizar una edición de fuente autorizada antes de que algún organismo internacional –¿la Liga de las Naciones quizás?– obligara al gobierno austriaco a publicar en circunstancias menos favorables.⁴ Los motivos que impulsaron las primeras publicaciones de documentos soviéticos fueron en parte el deseo de demostrar que la guerra la habían iniciado el autocrático zar y su aliado, el burgués Raymond Poincaré, con la esperanza de deslegitimizar las demandas de Francia para que se devolvieran los préstamos concedidos antes de la guerra.⁵ Incluso en Gran Bretaña, donde los *British Documents on the Origins of the War* (Documentos británicos sobre los orígenes de la guerra) se publicaron entre apelaciones altruistas a la erudición desinteresada, el consiguiente registro documental no quedó exento de omisiones tendenciosas que produjeron un retrato algo desequilibrado del lugar británico en los acontecimientos que precedieron al estallido de la guerra en 1914.⁶ En resumen, las grandes ediciones europeas de documentos eran, pese a su innegable valor académico, municiones en una «guerra mundial de documentos», tal como mencionó el historiador militar alemán Bernhard Schwertfeger en un estudio crítico de 1929.⁷

Las memorias de estadistas, oficiales con mando y otros responsables importantes en la toma de decisiones, si bien indispensables para cualquiera que trate de entender lo que ocurrió en el camino hacia la guerra, no son menos problemáticas. Algunas son de una reticencia frustrante en cuestiones de sumo interés. Por citar solamente unos pocos ejemplos: las *Reflexiones sobre la guerra mundial* publicadas en 1919 por el canciller alemán Theobald von Bethmann Hollweg no tienen prácticamente nada que decir acerca de sus acciones o las de sus colegas durante la crisis de julio de 1914; las memorias políticas del ministro ruso de Asuntos Exteriores Sergei Sazonov son desenfadadas, grandilocuentes, a veces falaces y aportan muy poca información sobre su propio papel en acontecimientos clave; los diez tomos de los que constan las memorias del presidente francés Raymond Poincaré sobre sus años en el poder son propagandísticas más que reveladoras –hay notables discrepancias entre las «recopilaciones» que hace de sucesos que acaecieron durante la crisis y las anotaciones de la época en su diario inédito–.⁸ Las amables memorias del mi-

nistro inglés de Asuntos Exteriores Sir Edward Grey son muy superficiales respecto a la delicada cuestión de los compromisos que había contraído con las potencias de la Entente antes de agosto de 1914 y sobre el papel que estas desempeñaron en su forma de manejar la crisis.⁹

Cuando el historiador estadounidense Bernadotte Everly Schmitt, de la Universidad de Chicago, viajó a Europa a finales de la década de 1920 con cartas de presentación para entrevistar a antiguos políticos que habían desempeñado un papel en los acontecimientos, quedó sorprendido por la total resistencia que mostraron sus interlocutores a dudar de sí mismos. (La única excepción fue Grey, quien «comentó abiertamente» que había cometido un error táctico al tratar de negociar con Viena a través de Berlín durante la crisis de julio, pero el error de juicio al que aludía era secundario y el comentario reflejaba un estilo inglés típico de autodesprecio más que una auténtica admisión de responsabilidad.)¹⁰ También había problemas de memoria. Schmitt siguió la pista a Peter Bark, antiguo ministro de Finanzas ruso, ahora banquero en Londres. En 1914, Bark había participado en reuniones en las que se tomaron decisiones de vital importancia. Sin embargo, cuando Schmitt se encontró con él, Bark insistió en que «apenas se acordaba de los sucesos de aquella época».¹¹ Afortunadamente, los apuntes tomados en esos días por el propio exministro dan más información. Cuando el investigador Luciano Magrini viajó a Belgrado en el otoño de 1937 para entrevistar a todos los personajes supervivientes vinculados a la conspiración de Sarajevo, encontró que algunos testigos daban fe de asuntos de los que no podían saber nada, otros «no decían ni palabra o daban falsa cuenta de lo que sabían» y otros que «adornaban sus declaraciones o más que nada les interesaba quedar bien».¹²

Por otra parte, nuestro conocimiento tiene todavía lagunas importantes. Muchos intercambios interesantes entre actores principales fueron verbales y no quedaron registrados; solo se pueden reconstruir a partir de pruebas indirectas o testimonios posteriores. Las organizaciones serbias vinculadas al asesinato de Sarajevo eran sumamente herméticas y casi no dejaron rastro de papel. Dragutin Dimitrijević, jefe de la inteligencia militar serbia y figura clave en el complot para asesinar al archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, quemaba sus papeles con regularidad. El contenido exacto de las primeras conversaciones entre Viena y Berlín sobre lo que debería hacerse en respuesta a los

asesinatos de Sarajevo sigue sin conocerse en gran parte. Nunca se encontraron las actas de las reuniones al más alto nivel que celebraron los dirigentes políticos franceses y rusos en San Petersburgo los días 20-23 de junio, documentos de una importancia potencial enorme para entender la última fase de la crisis (es muy probable que los protocolos rusos se perdieran; el equipo francés encargado de editar los *Documents Diplomatiques Français* [Documentos diplomáticos franceses] no lograron encontrar la versión francesa). Los bolcheviques sí publicaron muchos documentos diplomáticos muy importantes como medida para desacreditar las intrigas imperialistas de las grandes potencias, pero aparecían a intervalos irregulares sin un orden particular y centrándose en general en asuntos específicos, como los planes rusos en el Bósforo. Algunos documentos (todavía se desconoce el número exacto) se perdieron en el traslado durante el caos de la Guerra Civil y la Unión Soviética nunca creó un archivo documental recopilado sistemáticamente que rivalizara con las ediciones británica, francesa, alemana y austriaca.¹³ Los datos publicados por el lado ruso distan mucho, a día de hoy, de estar completos.

La estructura extraordinariamente complicada de esta crisis es otro rasgo característico. La crisis de los misiles cubanos fue bastante compleja pese a que solo participaron dos protagonistas principales (EEUU y la Unión Soviética), además de una serie de representantes y actores secundarios. Por el contrario, la historia de cómo se produjo la guerra debe dar sentido a las interacciones multilaterales entre cinco actores autónomos de la misma importancia –Alemania, Austria-Hungría, Francia, Rusia, y Gran Bretaña– seis, si sumamos Italia, más diversos actores soberanos estratégicamente significativos e igualmente autónomos, como el Imperio Otomano y los estados de la península de los Balcanes, una región de alta tensión e inestabilidad políticas durante los años previos al estallido de la guerra.

Otro elemento de complicación surge del hecho de que muchas veces los procesos de elaboración de políticas dentro de los estados atrapados en la crisis no eran ni mucho menos transparentes. Se puede pensar que lo ocurrido en julio de 1914 fue una crisis «internacional», término que sugiere un conjunto de naciones-estado, concebidas como entidades compactas, autónomas, diferenciadas, como bolas de billar en una mesa. Pero las estructuras soberanas que crearon políticas durante la crisis estaban profundamente desunidas. Había incertidumbre (y la ha habido desde entonces entre los historiadores) sobre dónde se

situaba exactamente el poder para determinar la política entre los diversos ejecutivos, y las «políticas» –o al menos las iniciativas que conducían a políticas de varios tipos– no provenían necesariamente de la cima del sistema; podían proceder de la periferia del aparato diplomático, de mandos militares, de funcionarios ministeriales e incluso de embajadores, que muchas veces eran responsables políticos por derecho propio.

De este modo, las fuentes supervivientes ofrecen un caos de promesas, amenazas, planes y pronósticos, y esto a su vez ayuda a explicar por qué el estallido de esta guerra se ha prestado a una variedad tan apabullante de interpretaciones. No hay prácticamente punto de vista sobre sus orígenes que no puedan respaldar algunas de las fuentes disponibles. Y esto a su vez contribuye a explicar por qué la literatura sobre los «orígenes de la Primera Guerra Mundial» ha adquirido unas dimensiones tan enormes que ningún historiador (ni siquiera un personaje de ficción que domine todos los idiomas necesarios) podría esperar leerla mientras viva: hace veinte años, una visión de conjunto de la literatura actual sumaba 25.000 libros y artículos.¹⁴ Algunos relatos se han centrado en la culpabilidad de un estado problemático (el más común ha sido Alemania, pero ni una sola de las grandes potencias ha escapado a alguna imputación de responsabilidad principal); otros han repartido la culpa o han buscado fallos en el «sistema». Siempre hubo suficiente complejidad como para mantener viva la polémica. Y más allá de los debates de los historiadores, que han solido girar sobre cuestiones de culpabilidad o de la relación entre la acción individual y los condicionantes estructurales, hay abundante literatura sobre relaciones internacionales en la que categorías tales como la disuasión, la distensión y la inadvertencia, o mecanismos que se pueden universalizar como el equilibrio, la negociación y el seguidismo, están en primer plano. Si bien el debate sobre este tema tiene ahora casi cien años, no hay ninguna razón para creer que ha perdido vigencia.¹⁵

Pero si el debate es antiguo, el tema aún está fresco; de hecho, está más fresco y viene más al caso ahora que hace veinte o treinta años. Los cambios en nuestro mundo han alterado nuestra perspectiva sobre los sucesos de 1914. Durante las décadas de 1960-1980, una especie de encanto de época se acumuló en la conciencia popular alrededor de los sucesos de 1914. Resultaba fácil imaginar el desastre del «último verano» de Europa como un drama de época eduardiano. Los rituales decadentes y los uniformes estridentes, el «ornamentalismo» de un mun-

do que en gran parte seguía organizado en torno a una monarquía hereditaria tuvo un efecto de distanciamiento en lo que hoy día se recuerda. Parecían señalar que los protagonistas eran personas de otro mundo ya desaparecido. Se reafirmaba la suposición de que si los sombreros de los actores llevaban vistosas plumas de aveSTRUZ de color verde, probablemente sus pensamientos y motivaciones las llevaban también.¹⁶

Y sin embargo, a cualquier lector del siglo XXI que siga el curso de la crisis del verano de 1914 le sorprenderá su cruda modernidad. Empezó con un escuadrón de bombarderos suicidas y un desfile de automóviles. Detrás del atentado de Sarajevo había una organización terrorista de reconocido culto al sacrificio, la muerte y la venganza; pero esta organización era extraterritorial, su ubicación geográfica o política no estaba clara; estaba diseminada en células a lo largo de las fronteras políticas, era inexplicable, sus vínculos con cualquier gobierno soberano eran indirectos, ocultos y sin duda muy difíciles de discernir desde fuera de la organización. De hecho, hasta podríamos decir que julio de 1914 está menos lejos de nosotros –es menos incomprendible– ahora que en la década de 1980. Desde el fin de la Guerra Fría, un sistema de estabilidad bipolar global ha dado paso a una serie de fuerzas más complejas e imprevisibles, entre ellas imperios en decadencia y potencias emergentes, una situación que invita a la comparación con la Europa de 1914. Estos cambios de perspectiva nos llevan a repensar la historia de cómo la guerra llegó a Europa. Aceptar este reto no significa adoptar un presentismo vulgar que rehaga el pasado para satisfacer las necesidades del presente, sino más bien reconocer esas características del pasado de las cuales el cambio de nuestra situación privilegiada puede permitirnos una visión más clara.

Entre ellas está el contexto balcánico del comienzo de la guerra. Serbia es uno de los puntos flacos de la historiografía de la crisis de julio. En muchas crónicas, el asesinato de Sarajevo se trata como un mero pretexto, un acontecimiento que apenas guardaba relación con las verdaderas fuerzas cuya interacción provocó el conflicto. En un reciente y excelente relato del estallido de la guerra de 1914, los autores declaran que «los asesinatos [de Sarajevo] no causaron nada por sí mismos. Fue la utilización que se hizo de este acontecimiento la que llevó a la nación a la guerra».¹⁷ La marginalización de la dimensión serbia de la historia y por lo tanto de la balcánica en su mayor parte comenzó durante la crisis de julio, que se inició como respuesta a los

asesinatos de Sarajevo, pero luego hizo un cambio y entró en una fase geopolítica en la que Serbia y sus actividades ocuparon un lugar secundario. Nuestros valores morales han cambiado también. El hecho de que la Yugoslavia dominada por los serbios apareciera como uno de los estados vencedores de la guerra parecía justificar implícitamente el acto del hombre que apretó el gatillo el 28 de junio. Sin duda fue este el punto de vista de las autoridades yugoslavas, que señalaron el lugar donde lo realizó con huellas de bronce y una placa que conmemoraba los «primeros pasos del asesino hacia la libertad de Yugoslavia». En una época en la que la idea nacional aún estaba llena de promesas, existía una afinidad intuitiva con el nacionalismo de los eslavos del sur y poco afecto por la difícil mancomunidad multinacional del Imperio de los Habsburgo. Las guerras de Yugoslavia de la década de 1990 nos han recordado el carácter letal del nacionalismo balcánico. Desde la matanza de Srebrenica y el asedio de Sarajevo, se hizo más difícil pensar en Serbia como un mero objeto o una víctima de la política de las grandes potencias y más fácil imaginar el nacionalismo serbio como una fuerza histórica por derecho propio. Desde la perspectiva de la Unión Europea actual nos inclinamos a mirar con más simpatía –o al menos con menos desprecio– de lo que solíamos al desaparecido mosaico imperial de la Austria-Hungría de los Habsburgo.

Por último, tal vez resulte ahora menos obvio que debamos desestimar los dos asesinatos de Sarajevo por ser un mero contratiempo incapaz de llevar el verdadero peso de la causa. El ataque a las Torres Gemelas en septiembre de 2001 es un ejemplo del modo en que un único acontecimiento simbólico –por mucho que pueda estar complicado en procesos históricos de mayor magnitud– puede cambiar la política irrevocablemente, haciendo que queden obsoletas las opciones antiguas y dotando de unas nuevas con una urgencia inesperada. Volver a poner a Sarajevo y los Balcanes en el centro de la historia no significa demonizar a los serbios ni a sus dirigentes, ni nos dispensa de la obligación de comprender las fuerzas que influyeron en esos políticos, funcionarios y activistas serbios cuyas decisiones y conducta contribuyeron a determinar la clase de consecuencias que tendría el tiroteo de Sarajevo.

De modo que este libro se empeña en comprender la crisis de julio de 1914 como un acontecimiento moderno, el más complejo de los tiempos modernos, tal vez de cualquier época hasta el momento. Se ocupa menos del por qué ocurrió la guerra que del cómo sucedió. Las

cuestiones del por qué y el cómo son lógicamente inseparables, pero nos llevan en direcciones distintas. La cuestión del *cómo* nos invita a examinar de cerca las secuencias de interacciones que produjeron determinados resultados. Por el contrario, la cuestión del *por qué* se presta a que vayamos en busca de causas remotas y terminantes: imperialismo, nacionalismo, armamentos, alianzas, altas finanzas, idea del honor nacional, mecánica de la movilización. El enfoque del por qué aporta una cierta claridad analítica, pero tiene también un efecto distorsionador, porque crea la ilusión de que la tensión causal va en constante aumento; las causas se acumulan unas encima de otras provocando los sucesos; los actores políticos se convierten en meros ejecutores de fuerzas establecidas hace mucho tiempo y fuera de su control.

La historia que cuenta este libro está, en cambio, plagada de acción. Los que tomaban las decisiones fundamentales –reyes, emperadores, ministros de Asuntos Exteriores, embajadores, mandos militares y un montón de funcionarios menores– caminaban hacia el peligro con pasos calculados y atentos. El estallido de la guerra fue la culminación de una cadena de decisiones tomadas por actores políticos con objetivos deliberados, que eran capaces de una cierta autorreflexión, reconocían una serie de opciones y se formaban los mejores juicios que podían en base a la mejor información que tenían a mano. El nacionalismo, los armamentos, las alianzas y las finanzas eran parte de la historia, pero se pueden crear para llevar el peso de la verdadera explicación solo si se considera que han determinado la decisión que –conjuntamente– hicieron estallar la guerra.

Un historiador búlgaro de las Guerras de los Balcanes observó hace poco que «en cuanto planteamos la cuestión del “por qué”, la culpa se convierte en el foco de atención».¹⁸ Las cuestiones de la culpa y la responsabilidad en el estallido de la guerra se introdujeron en esta historia aun antes de que la guerra hubiera empezado. Todo el archivo de origen está lleno de imputaciones de culpa (era un mundo en el que las intenciones agresivas siempre se atribuían al adversario y las defensivas a uno mismo) y la sentencia dictada por el Artículo 231 del Tratado de Versalles garantizaba que la cuestión de la «culpa de la guerra» seguiría teniendo importancia. Aquí también, el interés en el *cómo* sugiere un enfoque alternativo: un recorrido por los acontecimientos que no se ve impulsado por la necesidad de redactar un pliego de cargos contra este o aquel estado o individuo, sino que pretende identificar las decisiones que provocaron la guerra y comprender los razonamientos

o las emociones que hubo detrás. Esto no significa excluir completamente del debate las cuestiones de responsabilidad; el objetivo es más bien dejar que las respuestas del *por qué* surgieran, por así decirlo, de las respuestas del *cómo* en lugar de al revés.

Este libro cuenta la historia de cómo llegó la guerra a la Europa continental. Examina las sendas que llevaron a la guerra en una narración a múltiples niveles que abarca los centros de decisiones fundamentales en Viena, Berlín, San Petersburgo, París, Londres y Belgrado con breves incursiones en Roma, Constantinopla y Sofía. Está dividido en tres partes. La Parte I se centra en los dos contrincantes, Serbia y Austria-Hungría, cuya pelea prendió la mecha del conflicto, después de su interacción y hasta la víspera de los asesinatos de Sarajevo. La Parte II rompe con el enfoque narrativo para hacer cuatro preguntas en cuatro capítulos: ¿Cómo ocurrió la polarización de Europa en bloques opuestos? ¿Cómo generaban los gobiernos de los estados europeos la política exterior? ¿Cómo llegan los Balcanes –una región periférica alejada de los centros de poder y riqueza de Europa– al escenario de una crisis de semejante magnitud? ¿Cómo es que un sistema internacional que parecía estar entrando en una época de distensión produjo una guerra general? La Parte III empieza con los asesinatos de Sarajevo y ofrece un relato de la crisis de julio propiamente dicha y examina las relaciones entre los centros de decisión fundamentales y saca a la luz los cálculos, malentendidos y decisiones que llevaron la crisis de una fase a la siguiente.

Un razonamiento principal de este libro es que los sucesos de julio de 1914 solo tienen sentido cuando explicamos los trayectos realizados por quienes tomaron las decisiones más importantes. Para ello, tenemos que hacer algo más que repasar la sucesión de «crisis» internacionales que precedieron al estallido de la guerra: debemos comprender cómo se vivieron y tejieron aquellos acontecimientos en relatos que estructuraron impresiones y motivaron comportamientos. ¿Por qué los hombres que con sus decisiones llevaron a Europa a la guerra se comportaban y veían las cosas como lo hacían? ¿Cómo es que el sentimiento de temor y aprensión que hallamos en tantas fuentes se asocia a la arrogancia y la jactancia que encontramos a menudo en los mismos individuos? ¿Por qué eran tan importantes esos rasgos exóticos del escenario de preguerra tales como la cuestión albanesa y el «préstamo búlgaro», y cómo se juntaron en las mentes de los que tenían poder político? Cuando los que tomaban las decisiones disertaban sobre la

situación internacional o sobre las amenazas externas, ¿veían algo real, o proyectaban sus propios temores y deseos en sus adversarios, o ambas cosas? El propósito ha sido reconstruir lo más vívidamente posible los «puestos de decisión» tan dinámicos que ocupaban los actores clave antes y durante el verano de 1914.

Algunos de los trabajos más interesantes de los últimos tiempos sobre el tema sostienen que, lejos de ser inevitable, de hecho esta guerra era «improbable», al menos hasta que ocurrió realmente.¹⁹ De esto se deduciría que el conflicto no fue la consecuencia de un largo periodo de deterioro, sino de sacudidas al sistema internacional a corto plazo. Se acepte o no este punto de vista, tiene la ventaja de abrir la historia a un elemento de eventualidad. Y sin duda es cierto que si bien algunos de los acontecimientos que examino en este libro parecen señalar de manera inequívoca en la dirección de lo que realmente sucedió en 1914, existen otros vectores de los cambios de preguerra que indican unos resultados diferentes no realizados. Teniendo esto en cuenta, el libro pretende mostrar cómo se ensamblaron las piezas de la causalidad que, una vez en su sitio, permitieron que la guerra tuviera lugar, pero lo hace sin determinar excesivamente el resultado. He tratado de prestar atención al hecho de que las personas, los acontecimientos y las fuerzas descritas en este libro llevaran en ellos las semillas de otros futuros tal vez menos terribles.